

dole sin embaraço franca la salida, y libertad. Fue, empero, tanto su temor, y admiracion, que sin atreverse à salir, se puso à la puerta, dando voces à las guardas, para que viesse aquella maravilla. Acudieron presto, y registraron las prisiones rotas, con tales circunstancias, que no pudieron dudar, ser aquel efecto de causa sobrenatural, y divina. Dióse cuenta al Obispo, y este, hecho diligente examen de el suceso, se la dió al Pontifice, remitiendole las destrozadas cadenas. Fue singular el gozo, que tuvo el Supremo Pastor de ver reducida à su rebaño aquella perdida oveja, y gracias à su Santo Amigo, que con tal piedad, y desvelo cuidaba de el aumento de la Iglesia, y bien de las almas, y en obsequio suyo absolvió de todos sus delitos, y de las penas merecidas al delincente, que supo tambien valerse de su sagrado.

Guidoloto, vezino de San Geminiano, le achacaron, que avia quitado la vida con veneno à vn hombre de su mismo lugar, y intentado esta misma atrocidad con sus hijos, y familia. La justicia echò mano de el, y le puso en prisiones tan rigurosas, como pedía tan enorme delito. Los indicios debían de ser vehementes, aunque su inocencia era certissima; y determinaron ponerle à question de tormento. Viendose el triste en tal conflicto, con la confianza que le daba la saguridad de su conciencia, apelò de el Tribunal de la tierra, al de el Cielo, haziendo Abogado de su causa à San Francisco, à quien amaba de corazón. Valióle la firmeza de su fee, y la mañana que se le avia de dar el tormento, se le apareció, y le consolò mucho, dandole seguridades, de que no sentiria dolor alguno en el tormento, y quedaria purgada su inocencia, para cuya mayor notoriedad conuenia que passasse por el, pues assi en

sus maravillosas circunstancias se veia claramente la malignidad de sus acusadores: dióle la bendicion, y dexòle fortalecido para el conflicto. Puesto en el pótro, el Ministro de justicia usò de todas las industrias de la crueldad, para hazer mas horrible el tormento; pero el paciente estaba con tan sereno semblante, y disimulo, que ni sabe, ni puede hazerle el dolor. Rezelaron los Juezes, si estaba prevenido con alguna bebida, que entorpeciese lo sensible; pero se defengañavan viendo, que los cordeles no hazian en la carne efecto alguno, ni señal leve, à que no podia alcançar la fuerza de la bebida. Reperian no obstante las bueltas, ingeniando medios de hazerlas mas crueles, pero faltavan los instrumentos, hasta chafquear los cañamos, sin que en el hombre se notasse leve señal de dolor, ni en sus carnes señal alguna de los cordeles. No se dió por satisfecha la ira del Juez, que ya passaba de ser zelo, y mandò encender lumbre, y que sobre ella casi contiguo, colgado de los pies, estuviese pendiente la cabeça abaxo; pero ni el humo embargaba su aliento, ni el fuego le quemò vn cabello. Aun passò à mas la terquedad, que fuè à verter azeyte hirviendo sobre sus carnes; pero todo parò en horror para la vista, y en ser ocioso para el efecto de lastimar al inocente, defendido de la poderosa mano de Dios, por medio de su Santo. Ultimamente, el hombre dixo al Juez: No te canfes, ni canfes à este Ministro, porque San Francisco, à quien hize Abogado de mi causa defendiendome de mi inocencia, y antes faltará à la crueldad, ingeniera de maquinias, medios para atormentarme, que falte la virtud del que me assiste. Salvo, y sin lesion alguna, he salido como ves; de tus exquisitos tormentos, que hazen evidencia, de que no estoy culpado; no quieras, pues, con obstinacion, y zelo

indiscretò de justicia humana, que tiene tantas falencias, irritar contra ti la divina, que sabe castigar obstinaciones, y defender verdades. Dióse por convencido el Juez de su inocencia, y dióle libertad.

En la Ciudad de Afsis, por la calumnia de vn hurto, el Juez, que se llamava Octaviano, condenò à vn hombre à la atrocissima pena de sacarle los ojos. Executòse con toda crueldad, cortandole con cuchillo los nervios oblicos, y arrojando los ojos en el suelo. Con esta sangrienta deformidad recurrió à las aras de San Francisco, buscando asylo en su tribulacion. Alegaba el desventurado hombre la inocencia fuya, mancillada con la confession que hizo por miedo de los tormentos, y aora atormentada con la pérdida de sus ojos, y dolores intolerables, velò tres dias en el Sepulcro del Santo, y cobró los ojos, menores que los primeros, pero mas claros, mas vivos, y perspicazes. Fue grande la admiracion de esta estupenda maravilla, examinòla juridicamente el Obispo Tyburtino, y el Abad de San Clemente, tomando la declaracion al verdugo mismo, que le sacò los ojos. Este mismo examen hizo Fray Geronimo de Esculano, Ministro General de la Orden Serafica, tomando la declaracion à Fr. Guillermo Romano, que asistió al paciente en la execucion de su castigo. Este jurò en toda forma, como avia conocido al hombre antes de su desgracia con sus ojos, que se los viò sacar, y cortar los nervios oblicos; y que con curiosidad los avia tocado caídos en el suelo, y que despues le viò con ojos, aunque menores, buenos, y mas hermosos, y que sabia muy de cierto, de conocimiento antiguo, saber ser aquel mismo el hombre à quien asistió al tiempo de el suplicio.

CAPITULO XLIII.

Libra el Santo à muchas mugeres de los peligros del parto con milagrosos efectos.

LAS aperturas de el parto, en cuyos acerbissimos dolores tantas mugeres han peligrado, y pericidido, sacrificando las vidas à beneficio de la naturaleza, hallaron en nuestro Santo mucha commiseracion, y frequentes socorros en lances bien desesperados. Vna Condesa de Esclavonia, devota mucho de la Religion de los Menores, y de su Santo Fundador, se viò en vn parto tan apretada, que temieron todos perdieffe en el puesto la vida, porque apurada de remedios la medicina, se sintió postrada, y sin fuerzas, con la vehemencia de los dolores. Perdida ya la esperanza por humanos medios, recurrió à los divinos, invocando, aunque con voz turbada, à su fiel devoto San Francisco, ofreciendole con veras de corazón, lo que ya no podia con la boca, porque la faltaba el aliento. Ofreció, pues, dedicar à su culto vna costosa Capilla, si la sacaba libre de su peligro. Acudiò el Santo con maravillosa celeridad à su afligida confidente, porque el fin de su suplica, y oferta, fuè el termino de su dolor. Sintióse de repente cobrada de fuerzas, templados los dolores, y casi sin memoria de su riesgo, diò à luz con felicidad vn hermoso niño: y quedò tan sana, y tan robusta, como sino huviera pasado tan funestos dolores. Cumplió puntual su promessa, y levantò à honor de su bienhechor vn sumptuoso Templo, en memoria de tanto beneficio.

En la Romania, vna muger llamada Beatriz, de las aperturas del parto

se le murió en el vientre la criatura, y estuvo quatro dias hecha sepulcro vivo de su feto muerto. No bastaron humanas diligencias, para que se echasse, y se determinò por vltimo, el inhumano remedio de abrirla con instrumentos, para sacarla à pedazos la criatura, siendo tan fatal el remedio, como su peligro. La pobre muger, que de todas suertes se hallaba en los vmbrales de la muerte, antes que le executasse tan cruel martyrio, pidió le buscasen alguna Reliquia de San Francisco, en cuya intercessión poderosa libraba sus esperanças. Buscóse vn pedazo de su cordón, y à su contacto de repente, y sin dolores arrojò la criatura muerta, y corrompida, y quedó enteramente sana.

Otra muger principal, natural de Narnia, vivia con mucho desconfueso, porque aviendo tenido algunos partos, y todos peligrosos, se le malograban los hijos. Estaba en cinta de quatro meses, y empezó à melancolizarse con extremo, no tanto de el peligro de el parto, quanto de el desgraciado malogro de los demás hijos, arrebarados con temprana muerte, y lloraba ser ella mas desgraciada por fecunda, que otras por esteriles. Con esta mania crecía su aflicción, hasta que noticiosa de los milagros de San Francisco, en esta materia muy frequentes, se encomendò à su patrocinio con fec, ofreciendo esmerarse, si alcançaba el buen suceso que pedía en obsequio de su Orden. Aquella noche viò en sueños à vna muger, que traía en los braços vn bellissimo Niño, y se le daba con singular agrado. Ella se resistía à tomarle medrosa de que se le muriese en los braços, y la muger la alentaba, diciendo: No temas, tomale sin rezelo, que te le presenta San Francisco, y corre por su cuenta la seguridad de su vida. Despertò gozosissima, y libre de sus

melancolicas imaginaciones: refortzòse en su buena fe, y repitiendo sus promessas, diò à su tiempo à luz vn hermoso niño, que criò con mucho cuidado, y singular estimacion, como prenda, y dadiua de su Santo Protector. Este fuè el logro de su fecundidad, y consuelo de su vejez.

A otra Matrona muy devota fuya, que paría siempre hembras, y deseaba mucho vn varon para mayorazgo de su casa, luego que se fiò à su protección, le nacieron de vn parto dos mellizos, en que viò duplicado el cumplimiento de sus deseos.

Otra muger de Arezio padeciò siete dias continuos los dolores de parto, sin efecto: y con evidente peligro, perdidas del todo las esperanças de remedio. Recurrió en su vltimo conflicto à las piadosas aras de San Francisco, el qual se le apareció en sueños, y la preguntò, si le conocía. Si, Santo mio, respondiò ansiosa, bien te conozco por las señales maravillosas de tus llagas. Pues reza vna Salve à MARIA Santissima mi Señora, cuyo auxilio has implorado tantas vezes en tu aprieto, y quiere vsar contigo de su misericordia, y que yo sea el Embaxador de esta buena nueva. Despertò la muger, y llena de fe se esforçò à rezar la Salve, y al llegar à aquellas palabras, Muestranos à Jvsu fruto bendito de tu vientre, se viò libre de sus dolores, y recobrada de fuerças, diò à luz con felicidad vn niño. Refirió el milagro, entendiendo à sus oyentes en la devocion de la Madre de las misericordias, y de el Seráfico Patriarca.

En Viterbo, vna muger en estremo peligro de la vida, por la dificultad, y dolores de el parto, implorò el auxilio del Sato, haziendo promessas de esmerarse en sus obsequios. Repentinamente se templaron los dolores, y salió con feliz fortuna de su conflicto. Olvidò em-

perero, cò el beneficio sus promessas, y en el dia de la fiesta de su valedor, se puso codiciosa, y poco reverente à hazer labor, y se le quedó yerto el brazo derecho. Afligida con el repentino fracaso, porfiaba con el izquierdo à corregir, si pudiesse el otro; que tenia validado, y ambos se le quedaron secos, y sin movimiento. Reconociò ser su mal castigo de su ingratitude, y bañada en lagrimas de dolor, pidió perdon al Santo de su torpe olvido, repitiò fervorosa, y escarmentada sus promessas, y el Santo lastimado, le restituyó el vso libre de sus braços. Otros muchos milagros de este genero omito, por escusar molestia.

CAPITULO XLIV.

Otros milagros de varios generos.

EN los peligros de la mar, que son de los mas fatales, se han experimentado en todos tiempos milagrosos socorros de la piedad de nuestro Santo; dirè vno, y otro de los mas particulares. Como dos años despues de su Canonizacion, quando estaba mas viva la fama de sus milagros, dieron las velas al viento en el Puerto de Baruli vnos navegantes. A pocas millas se torció el temporal con borrasca tan furiosa, que se vieron obligados à echas las anclas; pero los golpes del mar fueron tan recios, que rotos los cables, y maromas, se quedaron en el agua sumergidos, y el vaso à mucha industria, y trabajo de los marineros, bolvió à tierra. Calmò la tempestad, y bolvieron à zarpar en busca de las anclas, cuyas maromas rotas nadaban en la superficie de las aguas; pero no bastaron diligencias para sacarlas fuera, y repetian votos, y promessas à varios Santos, que llamaban en su ayuda, y siempre sin efecto. Vno de los pasajeros dixo como de burlas: los

Parte I.

Santos antiguos ya no han menester hazer milagros para credito de su santidad. Encomendemos este negocio à este San Francisco, que es moderuo, y no desdenará por humilde ser nuestro buzo. Oyeron los demás muy de veras lo que este pasajero dixo por donayre, aunque bien indecente, y con mucha fe, y devocion, hizieron al Santo sus votos con tan pronto, y feliz efecto, que de improviso salieron las anclas à la superficie nadando, como si fueran leves plumas.

Otro navegante, à quien el continuo mareo avia ocasionado vnas ardientes calenturas, perecía de sed, y sin remedio, porque se avia acabado para todos el agua dulce. Era devotissimo del glorioso S. Francisco, y viendose en extrema necesidad, implorò su socorro, y de repente empezó à gritar, diziendo à los que le asistían: traed me agua, que ya S. Francisco lastimado de mis males me ha llenado mi pipa. Pensaron los oyentes, que deliraba; pero viendo sus instancias, y lo poco que se iba à perder en la experiencia, registraron la pipa, y la hallaron llena de agua dulce, con que pudieron socorrer al enfermo, y tomar todos su refresco. De alli à poco tiempo se embravecieron los mares, y à juyzio de los marineros estuvieron en proximo peligro de irse à pique. Este hombre persuadiò à que se invocasse el auxilio de San Francisco en tan defecha borrasca, y à poco rato empezó à dezir: Albricias, que ya nuestro Abogado està con nosotros; salgamos todos à recibirle, y darle gracias de nuestra libertad, y de hecho, puesto de rodillas, y postrado el rostro con las tablas, adorò à su Libertador. No le vieron los pasajeros, pero sintierò el efecto maravilloso de su presencia, en la repentina serenidad de las turbadas olas, y en la perfecta, y subita salud, en que quedó este hombre, q estaba enfer-

Bbb 3

mo: